

llamarlas hermanas y hermanos. Las consideraba como salidas del seno de la divinidad, y por tanto conocía que todas tenían el mismo principio que él. Entre los animales amaba con especial devoción, aquellos que representaban la humildad, mansedumbre y caridad.

Llenábase de gozo cuantas veces miraba al sol, a la luna, o extendía su vista por las innumerables estrellas del firmamento azul. Desbordante era la alegría de su espíritu contemplando las flores su hermosa fisonomía, sus variadísimos colores y la percepción de la agradable fragancia de sus aromas; mas contemplando éstas, al punto divisaba aquella Flor hermosa sobre toda la hermosura de las flores, que brotando de la raíz de Jesé en exuberante primavera, resucitó con su fragancia a millares y millares de almas muertas. Las exhortaba pues, a que alabasen a su Criador, y así mismo exhortaba con tiernísima sencillez a los trigos, prados, viñedos, etc. En fin, en todas las cosas encontraba las perfecciones divinas.

El santo tenía grande afecto a los animales, y cuanto más humildes y despreciables eran, con tanto más cariño les trataba, porque en ellos veía la humildad del Redentor. Su cariñoso afecto se dirigía a los despreciables gusanillos, a los cuales sacaba de los caminos y dejábalos en lugar seguro para evitar fuesen pisados.

Otro de los humildes animalitos que excitaba todo su amor, era la industriosa abejita. En el rigor del invierno las hacía servir miel y vino generoso, a fin de que no pereciesen de hambre. Y con gran alegría las excitaba a alabar a su Criador.

El mismo cariño profesaba a sus hermanitas las aves. Podríamos citar muchos ejemplos para dar a conocer el grande amor que las tenía; pero por no hacernos muy largos citaremos sólo algunos:

Yendo un día San Francisco con Fray Leon, se sintió lleno de gozo al oír cantar a un ruiseñor. Rogó a Fray Leon que cantase alternativamente con el pájaro las alabanzas de Dios; pero habiéndose este excusado a causa